

A YOBÁIN SIN CLUTCH

Casi en la esquina de la casa, sobre la calle Ignacio Allende, se comenzó a estacionar un camioncito Ford de redilas, del año de la canica, que parecía ser el nieto de los Transportes Grijalva, de doce toneladas. Era una curiosidad ver lo pequeñito, aunque cuando me acerqué a él descubrí a Rafael Moreno Ballinas, quien me comentó de cómo llegó a ese lugar para ofrecer servicios urbanos de carga. Su padre se lo había dado con el propósito de que aprendiera el oficio. Hicimos amistad y yo me iba a sentar en el asiento de copiloto y platicábamos de todo y de nada. Así salió a relucir un detalle que aumentó mi conocimiento en el manejo de ese tipo de vehículos. No era del otro mundo manejarlos hasta cuando uno se encontraba con la palanca de cambios, asentada en el piso, en un hueco que daba a la caja de velocidades. Para hacer más didáctica su explicación, fui con él a prestar un servicio y me pidió que pusiera mucha atención al hacer los cambios de velocidades y descubrí que hacía el cambio en dos tiempos: pisaba el embrague, movía la palanca al punto neutral, daba un acelerón corto y de inmediato movía la palanca hacia el lugar de otra velocidad.

Rafa me dio oportunidad de probarlo una vez y me salió bien.

Años después compré mi VW del 64 y recordando lo aprendido en el camioncito, estuve practicando hacer los cambios y logré gran destreza que luego pude utilizar luego se rompió el chicote del clutch y no hubo en ningún lado sólo, en México. Mientras llegaba me armé de valor, por aquello que nos enseña que: "la necesidad tiene cara de hereje", pues necesitaba yo desplazarme en el VW para dar mis clases. Solucioné el arranque, con el motor, aprovechando que la batería era grande. Así que ponía mi velocidad en primera y abría la llave del encendido. El motor de arranque comenzaba a mover el coche y una vez encarrerado, soltaba la palanca y luego del aceleron, lograba el cambio. Sí, deduje que el acelerón daba el tiempo exacto del cambio. Así que aprendí a cambiar velocidad, sin el acelerón, calculando el tiempo exacto, sin necesidad del clutch.

Mi mamá me regaló un coche Datsun modelo deportivo, con palanca al piso y puse en práctica el cambio de velocidades sin usar el clutch, para mantenerme en forma, por así decirlo.

Platicando con Elías Aguilar, al hablar de Yobaín, el lugar donde vivía el famoso quiropráctico, Enrique Sierra, dado a que quería llevar a consultar a mi mamá y de paso pues yo, porque teníamos lesionada la columna, gracias a aquel accidente de diciembre de 1956, cuando nuestro autobús chocó contra un camión parado, Elías me comentó de su hermano Ambrosio, quien vivía con su mamá y su esposa e hijos en Dzidzantún, a ocho, kilómetros de Yobaín y que él podría sacarnos ficha con el quiropráctico para que nos atendiera. Agradecí el ofrecimiento y días después Elías me dijo que su hermano tenía dos fichas para el viernes.

Platiqué con mi mamá y con Chanita. Concluimos en viajar al otro día que era jueves, para estar a tiempo el viernes en la consulta. Con él me informé de los detalles de como llegar allá y pedí permiso en mi trabajo por el viernes, que a regañadientes me lo concedieron. Por ese motivo el jueves saliendo a las dos y media de la oficina, me fui a la casa y comí con mi esposa Chanita y mi mamá, y luego que nos subimos con las cosas al coche, arrancamos hacia nuestro destino.

Cargamos gas y empezó el martirio con el sol pues me daba en la cara.

En Felipe Carrillo Puerto, además de la escala técnica al baño, nos engullimos, tres salbutes de venado por cabeza y agarramos rumbo a Valladolid, a donde llegamos en la última etapa de luz diurna. Otra escala técnica que nos permitió ya avanzar hacia Tizimín, sin el peligro de la hora cero, recordé encender la luz para que nos vieran, aunque yo pudiera verlos.

Al llegar al tope de Temozón sentí que algo pasaba con el embrague, porque al pisar el pedal, se iba hasta el fondo sin ninguna resistencia. Logré sortearlo, con mucha dificultad.

---¡Cuidado, que no llevas cerdos! ---no pude distinguir si la expresión de mi mamá era una broma o una queja, al recordarme la primera vez que se lo escuché, cuando con don Nef, con el chevrolet del 42, aquella mañana en que viajábamos de la Llave, a San Juan Juan del Río, en el Estado de Querétaro pasamos muy fuerte un bache que nos hizo volar.

---Discúlpenme Mami y Chanita, calculé mal la altura y distancia del tope y terminamos brincándolo.

---Entendemos hijo, estás cansado, a la vez que preocupado, ¿verdad Chanita?

---Si mamá, mi marido se ve medio cansado y estresado.

Explicarles el motivo del mal manejo en los topes iba a agravar la situación y eso sí dispararía más mi estrés. Procuré platicar con ellas, mamá Atalita como mi copiloto, cuya estrategia se basaba en entretenerme con preguntas o reflexiones, para mantenerme despierto.

Puse en práctica los cambios sin clutch y delante de Calotmul estaba mi mente tan ubicada con los cambios que todo funcionaba de maravilla. Ya en Tizimín hicimos la escala técnica para ir al baño y aproveché para repostar combustible. Como casi no encontramos muchos topes en el tramo hacia Bucutz, y de Temax a Cansahcab, tras unos momentos de duda al preguntar si íbamos bien, arribamos a la bella Dzidzantún.

No tuvimos problemas en encontrar la casa de don Ambrosio, quien nos recibió amablemente e incluso nos invitaron a cenar, hora que aproveché para ponerme al tanto de la mecánica de las fichas y su entrega a las dos de la mañana.

---No se espante hermano ---dijo al ver mi expresión de espanto.

---¿Y por qué tan temprano? ¿Hay mucha gente?

Me explicó que don Enrique el quiropráctico, atendía muy temprano, por la mucha gente que iba de todas partes, pero más que nada, porque los huesos, los ligamentos y los músculos están relajados en la madrugada. Que debíamos entregar la ficha a su hermana, sentada con una mesita enfrente como escritorio.

Los primerizos, sin cita previa debían hacer cola en una casa en o a otra banqueta, para ser atendidos, si había cupo. Nosotros entramos a la casa a las dos de la mañana, a una habitación y casa tipo español, con un techo de más de cuatro metros de altura. La señora me indicó donde sentarnos para esperar la llamada. No tardó mucho, pues la puerta de acceso al consultorio se abrió y asomó parte de su cuerpo, un hombre muy alto, altísimo y muy cargado de espaldas. Pronunció nuestros nombres y el de otra persona. Nos sentó en sillas rectas de madera. Luego de presentarme le expliqué de los males de mi mamá y los míos, gracias al choque. Sin darme cuenta

me puse de pie y fui explicándole mi interés por la quiropraxis, que yo, dentro de mis limitaciones practicaba el masaje shiatsu y la acupuntura. El hielo se rompió, permitiéndonos entablar una bella amistad.

Le indicó a mi mamá que pasara atrás del cancel, y se acostara en el camastro que era de tablas, sin colchón.

---Tu mamá tiene una pierna mas corta --señaló al verla caminar-- Acércate para ver lo que se puede hacer cuando Dios quiere.

Ayudé a mi mamá a descubrir su espalda, cintura y caderas, y se acostó boca arriba y don Enrique comenzó alineándole los pies, juntando sus talones.

--Ve lo que te dije: la pierna derecha está más corta.

Me acerqué y pude constatar su dicho.

---¿Y qué se puede hacer? ---mi pregunta fue sencilla.

---Observa bien porque todo lo que me verás hacer, puedes en su momento aplicarlo a alguien que lo necesite porque tienes el don, por eso puedes practicar la acupuntura y el shiatsu.

---¿Cómo lo sabe? --- puso sus dedos índice y medio, debajo de sus ojos y elevó su mano derecha hacia arriba en posición de orar, al igual que su mirada.

---¿Porque lo ve y porque esto es de Dios? ---dije.

---¡Exacto! Fíjate bien y aprende. Ahora, usted señora guapa, no se mueva. Manténgase tranquila.

En lo que hablaba tomó el tobillo con ambas manos y le dio un tirón, como jalándolo.

---¡Huy! ---exclamó ella.

---¿Sintió algún dolor?

---Sólo el miedo de que me dolería. Si, sólo el susto.

--Quédese tranquila, quiero que se relaje. Volveré en un momento para corregirle los huesos y vértebras con un masaje sencillo, y tu, amigo sígueme ---regresamos tras el cancel y llamó a un joven a quien le metió el brazo bajo la axila y con la otra mano ajustó el hombro moviendo ambas manos como para encajarlo y lo logró. Volví a donde estaba mi madre y don Enrique vino, le juntó los talones y comprobó que estaban iguales. Con una suave presión con las palmas sobre su pecho, ajustó las costillas y al tocar los puntos de las ingles, comentó:

---Necesita tomar más agua; sus ureteros están tensos, como secos. Le pidió a mi espantada progenitora que se acostara boca abajo y le desabroché la blusa y aflojé su pantalón, bajándolo hasta la cadera.

El quiropráctico posó ambas palmas de sus manos en la parte más alta de la columna, en el centro y las giró de izquierda a derecha, como si quisiera remover algo y esta acción la fue repitiendo a lo largo de toda la espina. Después a partir de las vértebras cervicales fue apretando firmemente con

los dedos las vértebras, provocando un sonido como de ejotes al romperse, hasta concluir en el inicio del coxis. Me pidió que ayudara a mi mamá a levantarse y ésta lo hizo con miedo.

---Ya estás sana, camina, mujercita ---dijo.

Muy emocionada, doña Atalita salió del consultorio, derechita, ante la sonrisa del señor Sierra, quien me volteó a ver como preguntando.

---¡Asombroso!

----Pues ahora te toca amigo.

El tratamiento fue similar al de mi mamá, excluyendo el ajuste de las piernas. Me recalqué que debía de seguir curando, por tener el don. Al salir, en la puerta, le presenté a mi esposa, que estaba sentada muy cerca. La vio con la mano en el estómago.

---¿Te duele algo, hija?

Chanita le contó de nuestro vuelo en el coche, de más de 40 metros de largo, por unos cinco metros de alto.

---Eso suena severo. ¿Y?

---Como que se me sale una costilla y me duele.

El hombretón volteó hacia mi.

---No me contaste de eso, sólo tus caídas y cuando orinaste arena blanca, tras caerte sobre una silla que la hizo de quebradora, pulverizando la piedra que tenías probablemente en la vejiga.

----Se me pasó.

---Pues entren. Le voy a ajustar eso que parece la costilla flotante.

Sentados uno frente al otro, abrí la blusa de Chanita para dejar libre la zona para que don Enrique trabajara y el hombre pareció buscar algo con sus grandes dedos y en un movimiento imperceptible, jaló acomodando la flotante.

----Estaba fastidiando el páncreas y el colon, pero ahora ya está todo en su lugar.

No pude pagarle al no aceptar mi dinero y nos invitó a visitarlo para platicar de nuestras habilidades tan especiales y así intercambiar tips e información.

Nos despedimos y llegamos a las cuatro y media a la casa y gracias a nuestro previsor anfitrión abrimos la puerta de calle de nuestro cuarto y nos dormimos hasta las ocho y media.

En el desayuno les platicamos los detalles, incluyendo el tratamiento de Chanita.

---¿Y la atendió sin ficha y no les cobró? No cabe duda de que le cayeron bien---afirmó don Ambrosio.

Cuando les platicamos lo del clutch se espantaron y su hijo ofreció guiarnos a Merida, por la ruta de menor tráfico.

Nos despedimos expresándoles nuestro agradecimiento.

Gracias a la buena ruta que nuestro guía escogió llegamos a Mérida, directo a la agencia Nisan, donde contactamos con el primo de Chanita, por el lado de los Sagundo y resultó ser uno de los ejecutivos y el Datsun fue atendido al momento.

A las doce me entregaron el coche y pagué una cuota muy baja. Nos despedimos del primo y fuimos a registrarnos al hotel Nacional, el cual me gusta porque está bien ubicado a cuadra y media de la catedral. Nos bañamos y fuimos a comprar boletos para ir al Teatro Fantasio a ver al famoso Cholo Herrera y regresamos a descansar un rato para llegar en la calle 60 a La Prosperidad, para disfrutar de rica y variada botana, y disfrutar al famosísimo Conjunto Mérida, del cual por cierto, tenía un LP. En la noche, luego de una siesta nos dirigimos caminando al Fantasio y nos reímos a mandíbula batiente casi toda la función.

Después de un buen sueño y un frugal desayuno tomamos rumbo a Chetumal en cuyo viaje comentamos de nuestras peripecias y todos los eventos vividos en esos dos días y dimos gracias a Dios por su invaluable protección.